

LA VIDA DE TORIBIO ETXEBARRIA

Toribio Etxebarria Ibarbia nació en el número 6 de la calle Txiriokale, en pleno centro de Eibar, el 27 de abril¹ de 1887. Su padre, Nicanor Etxebarria, era eibarrés, pero su familia procedía de Markina; el abuelo de Toribio dejó el trabajo en el campo atraído por la armería. La madre de Toribio, Isabel Ibarbia, era de Vitoria; el abuelo, Esteban Ibarbia, era de Regil. Esteban había ido a Vitoria a trabajar en la alhóndiga, y allí conoció a una joven de Aramaiona. Su hija Isabel venía frecuentemente a Eibar, al bar Txirrist de Txiriokale, para visitar a unos familiares, y fue allí donde Nicanor conoció a Isabel, la que sería la madre de Toribio.

Toribio Etxebarria residió en su casa natal durante su juventud, junto con sus hermanos y hermanas, que también nacieron y vivieron allí. Según el censo de 1892, estos eran los habitantes de aquella casa: Nicanor Echeverria e Irusta (nacido el 10 de enero de 1850), eibarrés y de oficio grabador; Isabel Ibarbia y Azcoaga (05-10-1853), y sus cuatro hijos: Jesusa (24-12-1881), Aurelio (25-09-1883), Rafael (24-10-1885) y Toribio (27-04-1887).

Toribio era, al parecer, un niño delgado; pequeño y esmirriado. Puede que ese fuera el motivo por el que le apodaron *Txindurri*²; cabe mencionar que en aquel tiempo en Eibar el apodo era más importante que el propio nombre. Según Toribio, el motivo fue otro: le apodaron *Txindurri* por ser muy trabajador. Fue a la escuela al palacio de los Mallea, frente a la iglesia de San Andrés, y su profesor fue Zacarías Ramos *Fosforerua*³. Sin embargo, entró de lleno en el mundo laboral siendo muy joven, como la mayoría de los muchachos de su tiempo. A los once años, empezó a ayudar a su padre con el grabado, al mismo tiempo que estudiaba damasquinado en la escuela municipal de dibujo por las mañanas.

En la época en la que nació Etxebarria, su pueblo natal era un pueblo industrial formado por artesanos que trabajaban en la armería. La posibilidad de ganar dinero también atrajo a numerosos campesinos que no residían en el pueblo a la industria de las pistolas y las escopetas. Etxebarria conoció muy de cerca aquel pequeño oficio compuesto por una multitud de fases. En la misma calle donde nació, trabajaban varios artesanos, y sus primeros años de vida transcurrieron entre aquellos trabajadores y sus trabajos. Todo ello influyó decisivamente a la hora de cultivar la semilla del movimiento obrero en su interior, ya que conoció el mundo de las fábricas desde niño. Sus familiares por parte de padre, los Irusta, eran conocidos fabricantes de cañones en el pueblo; y el hermano de su padre, el conocido Mateo Etxebarria, alias *Urreduna*⁴, fabricaba oro para el damasquinado.

En 1901, al mismo tiempo que el socialismo daba sus primeros pasos en el pueblo, la vida de Toribio cambió. Cuando tenía 14 años, su padre murió a consecuencia de una larga enfermedad, y el joven Toribio tuvo que ocupar su lugar en la fábrica. Más tarde, su madre quiso introducirlo en la fábrica de los Orbea, pero no lo consiguió. Por ello, empezó a trabajar montando escopetas de caza en una pequeña fábrica, al mismo tiempo que terminaba sus estudios de grabador.

¹ NT: en el texto original la fecha de nacimiento de Toribio Etxebarria es incorrecta, ya que nació el 27 de abril de 1887 y no en mayo.

² Hormiga en euskera.

³ “El fosforero”

⁴ El que tiene oro

Tras la muerte de su joven padre, su madre tendrá una gran influencia sobre Toribio, probablemente debido también a su gran parecido en cuanto a personalidad y curiosidad. Cabe mencionar, por ejemplo, la importancia que tiene la religión, desde que era muy joven, para el escritor eibarrés. Su madre Isabel tuvo mucho que ver en ello: desde pequeño lo dirigió por la senda de la religión. Toribio no tiene una perspectiva religiosa tan estricta como la de su madre, pero nunca dejará de lado la educación religiosa recibida desde joven. Cuando interioriza el marxismo y el socialismo, en vez de dejar de lado la religión, une ambas formas de ver el mundo, y ese toque religioso será perceptible en todos sus escritos.

También recibió de su madre la pasión por la lectura. Ella, de joven, había trabajado en casa de unos “señores” y allí adquirió el amor por la cultura y la lectura. La madre de Toribio, nacida en Vitoria, no hablaba euskera (aunque lo comprendiera), y, por tanto, Toribio creció en un ambiente familiar bilingüe. En un Eibar vasco parlante monolingüe, Toribio era una excepción; ello le facilitó la lectura de libros en castellano.

Para poder saciar su curiosidad y su sed de cultura, empezó a frecuentar la biblioteca que había en el Centro Obrero, en Bidebarrieta, siendo aún muy joven, en torno a los 16 años; al principio iba solo de vez en cuando, pero con el tiempo acudiría casi todos los días, a leer todos los libros con los que contaba la biblioteca. En aquella época, la mayoría de las familias no tenían demasiados libros y la única biblioteca del pueblo era la del Centro Obrero (había otra en el Casino de la Amistad, pero solo para socios), por lo que la mayoría de los interesados en la cultura y la lectura se acercaban a la sede de los socialistas. Aquel niño que no había recibido más que la educación básica, sació su sed de cultura leyendo libros que encontraba aquí y allá. Basta con dar un vistazo a cualquiera de sus obras para identificar a los autores a los que leía Etxebarria: autores griegos, todos los clásicos, los naturistas franceses, Zola, Engels, Marx... y, sobre todo, cientos de obras que trataban temas sociales. Todos aquellos libros afianzaron el interés y la curiosidad hacia la cultura, que su madre había sembrado en el joven Toribio; fue en aquella biblioteca donde le surgieron las inquietudes, las preocupaciones y las preguntas que después trataría en sus obras a lo largo de toda su vida.

A pesar de que leyera de todo un poco, la mayoría de los libros de aquella biblioteca trataban sobre ciencias sociales, sociología y religión, y eran esos temas los que interesaban a Toribio, por encima de todos los demás. Cabe resaltar, una vez más, el peso de la religión en la biblioteca, a pesar de tratarse de un centro socialista.

Para cuando cumplió los dieciocho, casi había leído todos los libros de la biblioteca. En lo que a revistas se refiere, leía *El Socialista* y *El Liberal*. El joven Toribio no tuvo ocasión de ir a la universidad, pero se educó a base de saciar su sed cultural. Etxebarria consiguió, como pudo, siendo aún joven, un alto nivel cultural, aunque fuera de manera acelerada y un tanto desordenada. Es asombroso que un hombre que no había recibido más que la educación básica adquiriera semejante nivel de conocimientos de manera autodidacta.

Otros muchos jóvenes también compartían esa necesidad y ese interés por la cultura. Veían la cultura como el camino hacia la solución de los problemas de la sociedad, un instrumento para lograr la libertad. Muchos de esos jóvenes entraron a

formar parte de las Juventudes Socialistas, impulsados en un principio por las horas que habían invertido en la biblioteca del Centro Obrero y el ambiente que reinaba en el pueblo, más que por la ideología en sí. De todos modos, no tardaron en asumir los fundamentos del socialismo. Toribio llegó a ser el líder de las Juventudes Socialistas, y se implicó en los problemas de los obreros desde muy joven: en los sindicatos, en el mundo de las cooperativas, etc.

Aparte de ser un apasionado de la lectura, el joven Etxebarria no faltaba a una sola conferencia, que eran casi diarias en el Eibar de aquella época, en el Salón Cruceta, el Salón Teatro, el Centro Obrero... y se sentaba en la primera fila, para escuchar atentamente todo lo que decían los oradores venidos de fuera. Entre los oradores estaba el ya nombrado Pablo Iglesias, líder de los socialistas, junto con varios personajes significativos que influyeron directamente en el joven Toribio: el médico de Oñate José Madinabeitia y el bilbaíno Tomás Meabe.

Así como de su madre heredó la pasión por la cultura, de su padre heredó el amor a la naturaleza; Nicanor Etxebarria, como la mayor parte de los eibarreses de aquel tiempo, era muy aficionado a la recogida de setas y criaba animales en casa. Ambas aficiones, los libros y la naturaleza, serán un referente constante a lo largo de la vida de Toribio, tanto en su trayectoria como en sus obras. Incluso cuando relata episodios de la guerra, incluye constantemente referencias a la naturaleza y a los libros. Aunque anduviera huyendo en Valencia, estuviera exiliado en París o recién llegado a Caracas, en sus obras no cesan las referencias a la naturaleza y a los libros.

El ayuntamiento y Alfa

Pasaron los años, y en 1912 empezó a trabajar en el ayuntamiento, como ayudante en secretaría, cobrando 1.250 pesetas (7,50 euros) al mes. Para Toribio, eran más atractivos el ambiente y la labor en el ayuntamiento que el sueldo; prefería la política a los talleres, le gustaba trabajar entre libros y documentos. Los 3-4 primeros años en el ayuntamiento, trabajó a media jornada, y eso es lo que le atrajo sobre todo, porque le permitía disponer de las tardes libres para ocuparse de sus asuntos.

El 27 de abril de 1912 presentó su candidatura para el puesto (el mismo día en que cumplía veinticinco años), mediante una carta, y fue elegido entre otros trece candidatos. El hecho de que Toribio fuera socialista creó cierta polémica en torno a ese nombramiento, ya que en el ayuntamiento los socialistas y los republicanos tenían mayoría. Un dato significativo es que entre todos los que se presentaron para la plaza de ayudante Toribio Etxebarria fuera el único en reconocer que sabía euskera. Fue él mismo el que encontró el documento de 1754 "*Ordenanza Municipalac Eusqueras, Elecinetaracoz*", una de las ordenanzas más antiguas conservadas en euskera y uno de los documentos antiguos más relevantes e importantes en el estudio del euskera de Eibar.

Cuando empezó a trabajar en el ayuntamiento, se produjo otra novedad importante en su vida: al poco tiempo, el 23 de febrero de 1914, contrajo matrimonio con Claudia Arrizabalaga Maguregi. Fijaron su residencia en la calle Isasi y tuvieron tres hijas. La primera de ellas, Isabel, nació en 1915; en 1917, llegó Felicitas, y luego, en 1921, Leticia.

Los años posteriores también fueron años revueltos en Eibar. En 1920 tuvo lugar una gran huelga en nuestro pueblo. Como consecuencia de la mala situación económica e impulsada por los socialistas, surgió entre los trabajadores la idea de formar una cooperativa. Nada más terminar la guerra, empezó a tomar forma la fábrica Alfa, y de aquella semilla surgió la mayor fábrica eibarresa del siglo. Para poder superar las dificultades de los inicios, los obreros acudieron a Toribio. Le ofrecieron el puesto de gerente, y él lo aceptó. Durante una larga temporada, compaginó ambos trabajos: por la mañana el ayuntamiento y por la tarde la fábrica.

A pesar de la inexperiencia de los primeros años, poco a poco la fábrica fue cobrando fuerza. En sus comienzos fabricaban armas, pero, dada la mala situación que vivía el sector, liderados por Toribio y Benito Galarraga, renovaron Alfa completamente. Dejaron de hacer armas para comenzar a producir máquinas de coser. Para el año 1935 ya era la mayor fábrica de máquinas de coser de España, y gracias a ella vivían más de mil familias.

En aquellos años la fuerza del socialismo aumenta cada vez más en Eibar, y al mismo tiempo, es cada vez más relevante el lugar que ocupa Toribio entre los socialistas eibarreses. Los socialistas entran por primera vez en el ayuntamiento en 1903, consiguen la mayoría absoluta en 1920, y en 1931, junto con los republicanos, consiguieron una gran victoria, con el 64% de los votos (18 concejales de 19). Durante los años que duró la II República, los socialistas fueron la fuerza mayoritaria en Eibar. Y Toribio Etxebarria destaca, entre otros, como líder de los socialistas eibarreses. Puede que no sea el líder político, pero sí el intelectual y uno de los más conocidos en el pueblo. Fue Toribio Etxebarria el candidato que más votos consiguió en las elecciones de noviembre de 1933.

La república

Tras la caída de la monarquía, en 1931, los eibarreses conocieron una nueva situación: la tan soñada república. Todo indica que Eibar tuvo un papel importante en la proclamación de la misma. Todavía está sin aclarar el motivo por el cual en Eibar se proclamó antes que en cualquier otro lugar. El mismo Toribio, que en otras ocasiones narra los sucesos históricos con gran precisión, en esta ocasión parece no querer hacerlo. ¿Quién dio la orden para que se proclamara la república en Eibar? ¿Por qué? ¿Qué llevó a los eibarreses a dar el paso decisivo, la cabeza o el corazón? Puede que no se sepa nunca. De cualquier forma, está claro que la madrugada del 14 de abril de 1931 Etxebarria tuvo mucho que decir en la reunión celebrada en el ayuntamiento, y probablemente también en las conversaciones mantenidas entre socialistas y republicanos que tuvieron lugar la noche anterior y sus decisiones.

Cuando en España mandaba la izquierda, Etxebarria ocupó un cargo en el gobierno central de la república: fue nombrado representante del estado en CAMPSA (posteriormente ocuparía el puesto de director, durante la Guerra Civil), para la organización de las importaciones. Fue Indalecio Prieto, ministro de Hacienda, quien llevó a Toribio al Gobierno de Madrid, en 1931; el eibarrés tenía 44 años. Pasó tres años en Madrid, al parecer no demasiado a gusto, sin poder acostumbrarse a la vida en la ciudad –y mucho menos en el gobierno–, dado a su humilde carácter. Cuando la derecha llegó al poder, dejó su cargo y regresó a Eibar.

Poco tiempo después de volver a Eibar, el 5 de octubre de 1934, sucedieron graves incidentes en diversas localidades vascas, y probablemente algunos de los más fuertes tuvieron lugar en Eibar. Son los denominados la Revolución de Octubre. Varios socialistas y comunistas de Eibar tomaron las armas e intentaron tomar el cuartel de la Guardia Civil. Como ya hemos mencionado, Toribio no era de carácter ni pensamiento revolucionario; era de los socialistas utópicos, teórico, y favorable al diálogo, pacífico y contrario a las revoluciones armadas. Estaba en contra de la revolución de 1934, pero al ser socialista, no temió a la hora de asumir responsabilidades por lo ocurrido. Como líder intelectual de los socialistas eibarreses, se sentía responsable de las decisiones tomadas por los miembros más jóvenes y revolucionarios de su partido. Fue él quien presentó la rendición ante la Guardia Civil, y fue a él quien recibió una de las sentencias más duras en los juicios.

Él mismo dice lo siguiente en el prólogo del libro *Metafísica a Urcola*:

“No sé si técnicamente hubo tal rebelión militar. No trataremos de defendernos diciendo que estuvimos por disciplina en la dudosa aventura, afrontando responsabilidades que a última hora trataron de eludir quienes nos metieron de hoz y coz en ella”.

Sea como fuere, pasó casi siete meses en la prisión del fuerte de San Cristóbal de Pamplona. Fue una época muy dura, que influyó notablemente en su obra. Estuvo preso en Pamplona desde el 5 de octubre de 1934 hasta el 21 de febrero de 1936, junto con otros 143 eibarreses, casi la totalidad de los que participaron en la revuelta, ya que fueron muy pocos los que consiguieron escapar a Francia. Fueron 16 meses y medio, y la mayor parte de ellos a la espera del juicio, porque conoció la sentencia pocas semanas antes de salir a la calle. Cuando el Frente Popular, la coalición de partidos de izquierdas, ganó las elecciones del 36, dio una amnistía general, y fue entonces cuando todos volvieron a Eibar.

A pesar de que la cárcel y la pérdida de la libertad siempre resulten duros, el carácter de Toribio le ayudó a llevar y soportar aquella situación lo mejor posible. Halló en la capital navarra una buena ocasión para leer, escribir y, sobre todo, para charlar con sus compañeros eibarreses y para pensar. Como menciona en el libro *Metafísica a Urcola*:

“Desde la campana matutina que a las seis nos mandaba levantar (...) hasta el toque de queda a las nueve (...) había harto tiempo para todo. (...) ... La prisión, dicho sea la verdad, nos deparó a mí y otros como yo, habiéndolo tomado con paciencia y hasta con un buen humor, las horas más sosegadas de la vida”.

La Guerra Civil

La primavera de 1936 fue muy dura para la mayoría: la posibilidad de que se produjera un golpe militar estaba en boca de todos, y así sucedió. Poco tiempo después

del comienzo de la guerra, a mediados de agosto del 36, recibió una llamada de Madrid: debía dejarlo todo y marcharse a la embajada española en París, para hablar con los rusos y reiniciar el suministro de petróleo. Este había cesado durante el mandato de la derecha, y la ayuda de los rusos resultaba indispensable para que los republicanos pudieran ganar la guerra. Toribio había sido el encargado de ese trabajo durante los tres primeros años de la república, y el gobierno de Madrid pensó que era oportuno que volviera a París, porque era conocido.

Aquel fue el penúltimo día en que vio Eibar. Aunque cuando salió hacia París pensaba volver al cabo de algunos días, tardaría años en volver a su ciudad natal. Para principios de agosto ya estaba en Madrid, llegado directamente desde París en avión, en el primer vuelo de su vida, y mientras duró el conflicto se trasladó con el gobierno español, primero a Valencia y después a Barcelona. De allí se trasladó a París, Burdeos y Toulouse. Y en 1941 viajó a la capital venezolana, a Caracas. Había salido de Eibar para unos pocos días, y tardó 28 años en volver.

Cuando comenzaban en la capital francesa las primeras manifestaciones contra Franco, Etxebarria salió de la ciudad, y llegó a un Madrid que estaba en plena guerra, a finales de septiembre de 1936. Por petición de Indalecio Prieto, volvió a trabajar en Campsa, y desempeñó esa función a lo largo de toda la guerra, aunque también fue representante del Banco de España. Rusia, además de petróleo, vendía muchos otros productos a los españoles, y, para poder gestionarlos, el Ministerio de Hacienda creó la agencia *Campsa-Gentibus*. Uno de los mayores responsables de la misma era Toribio; primero en Madrid, y más tarde, durante la guerra, tanto en Valencia como en Barcelona. En dicha agencia se centralizaron todas las operaciones de importación y exportación de España.

Etxebarria pasó casi un año entero sin ver a su mujer y a sus tres hijas. En 1937, ante el avance de las tropas de los nacionales, El Gobierno de la República se trasladó a Valencia, y fue allí donde se volvió a encontrar con su familia. Ellas llegaron a Valencia pasando por Francia, después de haber permanecido una temporada en Bilbao.

Tras haberse acostumbrado a la dura vida en un Madrid en plena guerra y después de haber pasado un año sin ver a sus familiares y amigos, la estancia en Valencia le supo a vacaciones. Por un lado, porque pudo ver a su mujer y a sus hijas después de un largo año de incertidumbre. Por otro lado, la guerra quedaba lejos: había tranquilidad, una paz relativa, no había escasez de alimentos... A orillas del Mediterráneo se podía llevar una vida más “normal”: se podía ir al cine, conversar con otros eibarreses, ir al monte...

Durante su estancia en Valencia, las hijas de Toribio comenzaron a rehacer sus vidas. La mayor, Isabel, empezó a trabajar en Campsa-Gentibus con su padre; Felicitas, empezó a trabajar como enfermera, labor que desempeñaría más tarde tanto en Barcelona como en Francia; la más joven, Leticia, todavía no había terminado sus estudios, y se matriculó en el Liceo local para estudiar idiomas.

Residieron allí cerca de un año, pero en otoño de 1938 tuvieron que huir a Barcelona. Toribio narra en su libro *Recordando la guerra* que aquellos fueron momentos difíciles, porque tuvo que dejar tras él, en Valencia, a muchísimos amigos eibarreses, que trabajaban en la industria armadora de Buñol y Alberique, mientras huía a Cataluña.

Cuando llegaron, junto con todo el gobierno, era noviembre en Barcelona. Pasaron allí cuatro meses, en una casa prestada por uno de los directivos de Campsa, en la calle Urquinaona. La guerra llegaba a su fin. Algunos todavía conservaban esperanzas de ganarla, pero era evidente que la mayor parte del territorio estaba ya en manos del ejército de Franco y que la república sin ayuda externa no tenía nada que hacer. En cuestión de unos pocos meses, Barcelona y Madrid también iban a caer en manos de los nacionales.

Los cuatro meses en Barcelona, durante la guerra, fueron muy duros; ello provocó que, no pudiendo soportar la situación, su mujer Claudia, junto con su hija pequeña, Leticia, se trasladase a París. Para entonces, Isabel también estaba en territorio francés, trabajando en las oficinas de Campsa. Toribio y su segunda hija, Felicitas, se quedaron en Barcelona, trabajando. Sin embargo, poco después esta se casó y se trasladó a Toulouse. Toribio quedó solo, con sus libros. Decenas de libros que había recopilado durante la guerra. En ciertos momentos de la guerra, el escritor había hallado la oportunidad de adquirir y recopilar libros, sobre todo tesoros que había encontrado en las antiguas librerías de Madrid y Valencia. Así, para cuando llegó a Barcelona poseía ya una biblioteca con centenares de libros. Libros que, por desgracia, tuvieron que quedarse allí. La guerra y la cultura rara vez van unidas, y al huir de Barcelona, tuvo que dejar atrás toda su colección de libros.

El ejército de Franco estaba cada vez más cerca; el gobierno se reunió en un castillo de Figueres. Era enero de 1939. Entre el 7 y el 8 de febrero, dejaron atrás Figueres y se dirigieron a Francia, junto con miles de ciudadanos.

Tras haber podido eludir con gran dificultad el internamiento en un campo de concentración, llegó a París, y allí se reunió con su familia, con Claudia y con dos de sus hijas (Isabel y Leticia), que para entonces vivían junto a la estación de Saint Lazare. Sin embargo, Toribio no consiguió los documentos necesarios para quedarse en París, debido al papeleo necesario para los refugiados de guerra, y le tocó vivir en Melún, a unos 30 kilómetros de París.

La empresa Campsa-Gentibus siguió trabajando durante algunos meses, pero finalmente la cerraron y Toribio se quedó sin trabajo. Pasó varias semanas leyendo muchísimo, y toda su vida recordó aquella época pasada en Melún leyendo y disfrutando de la naturaleza. Escribió y corrigió algunos de sus libros en Melún; *Recordando la guerra* y *Tres ensayos* entre otros.

Mientras tanto, se creó JARE, la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles, y en 1939 llamaron a Toribio para que trabajara allí. Dejó Melún, y fue a vivir a París, con su mujer y su hija Leticia, a la calle Caballerie, a la misma casa donde residía el miembro del Gobierno Vasco Juan de los Toyos.

La Guerra Europea y el exilio

Tras haber huido de la guerra española durante tres años, les sorprendió también la europea; en junio de 1940 los alemanes tomaron París. Según relata Etxebarria, perder su casa por tercera vez consecutiva fue un golpe muy duro. Perdió primero la

casa de Eibar, dejando lo conseguido durante toda una vida en manos de las tropas de Mola; después, la casa de Barcelona y todos los libros recopilados durante los 2-3 años de la guerra; y, por último, justo cuando comenzaba una nueva vida, le sorprendió otra guerra y vio como otras tropas se quedaban con su casa en París.

Tuvieron que huir de nuevo. Fueron de París a Burdeos, junto con miles de franceses; en la capital de Gironda se encontraron con miles y miles de personas que llegaban huyendo desde distintos puntos de Francia. Era el 12 de junio de 1940. De allí partieron hacia Toulouse, más exactamente a un pequeño pueblo a 20 kilómetros, llamado Aussonne. Se hospedaron allí unos dos meses, en una casa de campo. Fue una época que pasaron relativamente tranquilos, pero con gran inquietud a su vez, ya que estuvieron a la espera de los permisos y el barco que les llevaría de Francia a Sudamérica. Esperaban su oportunidad.

Para entonces la republica ya había creado el SERE (Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles), gracias al cual viajaron a Venezuela Isabel y Felicitas, la hijas mayores de Toribio, ambas ya casadas. La primera llegó directamente, y la segunda lo hizo tras pasar una temporada en Santo Domingo. La ayuda de Isabel resultaría imprescindible para Toribio y Claudia, ya que fue ella quién les envió el visado para poder salir de Francia. Tuvieron la oportunidad de ir a México, gracias al permiso que les ofrecía JARE, pero finalmente se decidieron por Venezuela, pensando que la situación política era más relajada. Como el mismo escritor reconoció a posteriori, la elección no fue la más acertada: durante los 25 años que vivieron en Caracas, conocieron tres revoluciones, mientras en México se afianzó la democracia y se equilibró la situación económica.

Partieron desde Marsella el 24 de marzo de 1941, en el barco *Paul Lemerle*, portando en dos maletas las pocas pertenencias que la guerra les había dejado. Dejaban tras ellos la mitad de su vida. Y también papeles escritos en lo que parecía un código secreto: un montón de fichas y papelitos que recogían la variedad dialectal eibarresa; fichas lexicográficas que había reunido durante los últimos meses, en el primer intento por recopilar la variedad dialectal eibarresa. Etxebarria pensó que los alemanes podrían confundirlos con un código secreto, y los hizo añicos en el hotel de Marsella, antes de abrir la puerta hacia la libertad. Toribio había comenzado a leer libros sobre el euskera tanto en Burdeos como en Toulouse. En ambas ciudades había grandes bibliotecas, y fue en ellas, exiliado y empujado por la nostalgia, donde empezó a leer los primeros libros y a elaborar los primeros escritos sobre el verbo de Eibar y completando las primeras fichas de su diccionario. Una vez en Venezuela, tuvo que empezar todo el trabajo de nuevo.

El viaje a Caracas duró tres meses y medio. Llegaron a Martinica el 20 de abril, cuando Etxebarria estaba a punto de cumplir los 54. Después de pasar allí cerca de un mes, el 18 de mayo, partieron hacia Santo Domingo, y dejando atrás Ciudad Trujillo (actualmente Santo Domingo), llegaron a Venezuela a principios de julio: el día 5 a Curaçao y el día 7 a Caracas. Allí finaliza un recorrido de cinco años, un viaje tortuoso, lleno de momentos críticos.

Nunca rompió el lazo que le unía a Eibar y al País Vasco, y por encima de todas las dificultades, mantuvo la comunicación con varios eibarreses mediante correspondencia: con varios compañeros de partido exiliados, con todos los conocidos y

amigos que había dejado en Eibar. También con los principales personajes de la cultura vasca, tales como: Juan San Martín, Carlos Santamaría, Koldo Mitxelena, Andima Ibiñagabeitia, Martín Ugalde, Jokín Zaitegi, Jesús Mari Leizaola, etc.

En 1959 volvió a Europa por primera vez: viajó a Inglaterra, porque sus nietos estaban aprendiendo inglés. Y de allí vino al País Vasco, pero al otro lado de la frontera, a Hendaya. Allí recibió la visita de varios eibarreses. Años más tarde, en 1964, consiguió por fin regresar a Eibar, casi 30 años después haber recibido aquella llamada en agosto de 1936. Los eibarreses le hicieron una bienvenida magnífica. Los que analizaron la obra de Toribio destacan su personalidad, más allá de su trabajo; el hecho de que fuera un hombre trabajador, con una gran cultura, inteligente, honesto, fiel, sencillo y recto. Puede que todo ello nos sirva para comprender la cálida bienvenida que le hicieron los eibarreses, tanto los de un partido como los de otro.

Falleció el 18 de abril de 1968, en Caracas, sin poder cumplir su sueño y el de otros muchos: volver a su ciudad natal.⁵

⁵ Sirvan como ejemplo las siguientes opiniones:

“Antes de la guerra, durante la infancia, lo conocía, pero no teníamos mucha relación. En casa se hablaba muy bien de él: mis padres le guardaban un gran respeto, por su bonhomía y su personalidad. Su honradez era excepcional.” Juan San Martín, *Jakin*, 1998 (108): 67-116

“A pesar de que nunca tuve ocasión de hablar con él, ni siquiera de verle _mi trato con don Toribio Echevarría fue sólo epistolar y aun esto de una manera breve, aunque muy efectiva por ambas partes- yo me sentí amigo espiritual.” Carlos Santamaría, *Diario Vasco*, 1968/04/28.

“Podemos decir sobre el carácter y las aficiones de Etxeberria, que fue un hombre sensato y equilibrado, como bien demostró en los momentos más complicados de su vida.” Antxon Narbaiza, 1999.